

©DISSIDENCES

Hispanic Journal of Theory and Criticism

*Sarto, Ana del, Alicia Ríos y Abril Trigo. Eds.
The Latin American Cultural Studies Reader
Durham y Londres: Duke University Press, 2004*

Alfredo Elejalde / Vanderbilt University

Los editores del *The Latin American Cultural Studies Reader* se proponen mostrar el desarrollo teórico y práctico de los estudios culturales en Latinoamérica mediante la organización y selección de textos a partir de una concepción de la historia de la crítica atada a sus circunstancias sociohistóricas y geopolíticas. La hipótesis central es que, aunque las raíces de los estudios culturales latinoamericanos son anteriores a la globalización, hay una coincidencia entre ambas. Habría, por tanto, una continuidad histórica entre la crítica de la cultura y los estudios culturales, pero también una ruptura epistemológica debida a la influencia extracontinental. Por esta razón, la antología se propone rastrear y mostrar tanto la genealogía como las encrucijadas epistemológicas de los estudios culturales, es decir, este doble movimiento crítico interno y externo.

Los editores cumplen con el objetivo que se plantean y presentan una pulcra selección de textos que ha de ser particularmente útil entre quienes se inician en los estudios culturales sobre América Latina y entre quienes buscan una visión sistematizada de su desarrollo, especialmente en las escuelas de postgrado norteamericanas. Esta limitación del público lector se debe a la elección del idioma inglés como lengua única del libro, decisión que los

editores mencionan pero nunca explican y que puede deberse a los requerimientos del mercado editorial norteamericano, a la voluntad de mantenerse dentro de los canales de comunicación de la academia global y quizás a la ampliación del mercado a los alumnos de pregrado de los departamentos de español del país del norte. Indudablemente, es un gran aporte para la academia norteamericana en todos sus niveles, pero el uso exclusivo del inglés podría limitar su circulación en las academias latinoamericanas.

El marco teórico de la antología es presentado didácticamente, aunque a veces la lasitud terminológica pueda generar confusión en el lector interesado en la epistemología de las ciencias sociales. Por ejemplo, Trigo afirma que los principales objetos de estudio de los estudios culturales latinoamericanos son la producción simbólica y las experiencias vitales de la realidad social en el continente, es decir, examinan lo que puede ser leído como texto cultural, con un significado simbólico sociohistórico, y sus relaciones con diversas formaciones discursivas. Por tanto, estas disciplinas son definidas a partir de la construcción epistemológica de sus tópicos, no por sus temas ni por algún acercamiento metodológico particular. En esta definición no es claro si “tema” o “tópico” son sinónimos, tampoco si designan relaciones específicas dentro del campo de estudio. El término “construcción epistemológica” no es definido y parece referirse a los modos como los estudios culturales construyen sus teorías; sin embargo, toda teoría científica – o académica – es una construcción epistemológica elaborada de acuerdo con modos que le son peculiares y, por tanto, la propuesta de Trigo no es suficientemente distintiva.

Para los editores, las relaciones entre instituciones, experiencias y producción simbólica están determinadas por las relaciones sociales, políticas y materiales, y viceversa; es decir, lo cultural es un campo de lucha determinado por la producción simbólica y performativa, por la reproducción y respuesta a la realidad social y a la hegemonía política a través de la que las identidades colectivas evolucionan (4). De estas referencias al interés en las luchas dentro del campo cultural y respuestas a la realidad social se puede inferir que la principal diferencia epistemológica entre los estudios culturales y teorías como, por ejemplo, la semiología francesa o la semiótica de Umberto Eco, todavía populares en América Latina, está en que estas escuelas se proponen desarrollar teorías generales de la producción simbólica, es decir, se definen como ciencias generales de la significación y comunicación, mientras que los

estudios culturales, al borrar esa pretensión, se limitan a desarrollar teorías parciales de casos específicos de significación y comunicación. La principal diferencia epistemológica, entonces, es que los estudios culturales no tienen un *objeto de estudio* sobre el que desarrollar una teoría, sino un *campo de estudio* sobre el que desarrollan teorías que cubren aspectos parciales de él.

Los criterios usados para la selección de textos buscan identificar aquellos que han tenido un rol significativo en el desarrollo del campo o que han contribuido significativamente a su estado actual. Es decir, los textos ilustran los problemas ideológicos y metodológicos, sus ejes temáticos y sus controversias teóricas más relevantes. A pesar del reconocimiento inevitable de los desacuerdos sobre las inclusiones y exclusiones en toda antología, el criterio de relevancia no es explicado, aunque se puede inferir que depende de la historia de la crítica latinoamericanista que la antología propone. Esta es básicamente una historia cíclica: en los años sesenta se inician los cambios en los estudios de la cultura, en los setenta se exploran nuevas direcciones, en los ochenta se formulan los estudios culturales, en los noventa se produce la saturación de la producción teórica y ya en este siglo se regresa a los problemas que los críticos enfrentaron en los sesenta y setenta, a lo que los editores llaman “cognitive constellations”.

Desde las luchas de la independencia hasta el presente, la crítica latinoamericana ha mantenido los mismos ejes –constelaciones cognitivas– en su reflexión: neocolonialismo, modernidad y modernización, la cuestión nacional, lo popular y las identidades / alteridades / etnicidades. Esta continuidad de problemas, pese a los cambios en los modos de conceptualizarlos, ha determinado la continuidad del pensamiento latinoamericano y la tensión permanente entre el deseo y el conocimiento (8). Si la continuidad es parte central de su argumentación, no menos importante es el cambio epistemológico que da origen a los estudios culturales en América Latina. Trigo propone dos diferencias fundamentales entre la crítica tradicional de la cultura y los estudios culturales: la primera es que los estudios culturales se distinguirían de la tradición anterior a ellos por la renuncia a considerar las literaturas nacionales como fuerzas integradoras de la colectividad; y en cambio, apostarían por el cuestionamiento a los aparatos de poder. La segunda es la consideración de que los estudios culturales habrían renovado la característica voluntad utópica latinoamericana

añadiéndole una dimensión práctica de la que antes habría carecido (8). Esta segunda diferencia no es satisfactoria en el caso, por ejemplo, de José Carlos Mariátegui, en quien la voluntad utópica y la acción práctica están imbricadas, tal como, por otra parte, ocurre en la mayoría de las corrientes de pensamiento de raíz marxista, dedicadas a la transformación de la realidad.

La antología se divide en cuatro partes: la primera, “Forerunners”, es presentada por el ensayo “Traditions and Fractures in Latin American Cultural Studies”, de Alicia Ríos, y abarca las décadas de los sesenta y setenta. Los autores y los trabajos incluidos en esta sección son: “Literature and Underdevelopment”, de Antonio Candido; “Excerpts from The Americas and Civilization: ‘Evolutionary Acceleration and Historical Incorporation’, ‘The Genuine and the Spurious’, and ‘National Ethnic Typology’”, de Darcy Ribeiro; “Caliban: Notes Toward a Discussion of Culture in Our America”, de Roberto Fernández Retamar; “Indigenism and Heterogeneous Literatures: Their Double Sociocultural Statute” y “Mestizaje, Transculturation, Heterogeneity”, Antonio Cornejo Polar, y “Literature and Culture”, de Ángel Rama.

Esta sección corresponde a la transformación de la crítica cultural por la diversificación de su agenda y por el desarrollo de teorías sociales distintas del marxismo leninismo clásico que había dominado antes la escena, como la teología de la liberación o la teoría de la dependencia. Durante los setenta aparecen las dictaduras que prepararon el terreno a la ola neoliberal de los ochenta, lo que desplazó el interés de la reflexión hacia la articulación entre lo nacional y lo transnacional en los terrenos económico, político y académico. Los escritores de esta sección comparten el ideal de una América Latina unificada, ideal que entraría en retroceso en la década de los ochenta.

La segunda parte, “Foundations”, es introducida por el ensayo “The 1980s: Foundations of Latin American Cultural Studies”, de Ana del Sarto. Los textos antologados son: “Plotting Women: Popular Narratives for Women in the United States and in Latin American”, de Jean Franco; “Would So Many Millions of People Not End Up Speaking English? The North American Culture and Mexico”, de Carlos Monsiváis; “Brazilian Culture: Nationalism by Elimination”, de Roberto Schwarz; “Intellectuals: Scission or Mimesis?”, de Beatriz Sarlo;

“The Movable Center: Geographical Discourses and Territoriality During the Expansion of the Spanish Empire”, de Walter Mignolo; “Notes on Modernity and Postmodernity in Latin American Culture”, de José Joaquín Brunner; “A Nocturnal Map to Explore a New Field”, de Jesús Martíón Barbero; y “Cultural Studies from the 1980s to the 1990s: Anthropological and Sociological Perspectives in Latin America”, de Néstor García Canclini.

Los editores describen los ochenta y noventa como las décadas de la consolidación de los estudios culturales y de la formación de un mercado global de teorías que desplaza la tradicional influencia europea y la reemplaza con la norteamericana. Este fenómeno se da en plena reconfiguración de las sociedades latinoamericanas por efectos de la globalización, el neoliberalismo, los medios masivos de comunicación, el ingreso desigual en la era de la información y, hacia el término de la década, el fin de la Unión Soviética. Los nuevos temas como la ciudadanía y el consumo, las identidades y el sujeto, no desplazaron los problemas tradicionales, que fueron reconceptualizados debido a la todavía presente necesidad de elaborar respuestas políticas para alcanzar la justicia social (8).

“The 1990s: Practices and Polemics within Latin American Cultural Studies”, ensayo de Abril Trigo, hace de introducción a la tercera parte de la antología, denominada “Practices”, y dedicada a las prácticas contemporáneas de los estudios culturales latinoamericanos. Los textos incluidos en esta sección son: “Political Disfranchisement”, de Irene Silverblatt; “On Citizenship: The Grammatology of the Body-Politic”, de Beatriz González Stephan; “Male Hybridis in the World of Soccer”, de Eduardo Archetti; “The Past as the Future: A Reactive Utopia in Buenos Aires”, de Adrián Gorelik y Graciela Silvestri; “Tears and Desire: Women and Melodrama in the ‘Old’ Mexican Cinema”, de Ana M. López; “The Unbearable Lightness of History: Bestseller Scripts for Our Times”, de Francine Masiello; “Legitimacy and Lifestyles”, de Renato Ortiz; “The Transnational Making of Representations of Gender, Ethnicity, and Culture: Indigenous Peoples’ Organizations at the Smithsonian Institution’s Festival”, de Daniel Mato; “The Production of Local Public Spheres: Community Radio Stations”, de Gustavo A. Remedi; “Mimicry and the Uncanny in Caribbean Discourse”, de Román de la Campa; “Of Zapatismo: Reflexions on the Folkloric and the Impossible in a Subaltern Insurrection”, de José Rabasa; “Tentative Exchanges: Tijuana Prostitutes and Their Clients”, de Debra A. Castillo, María Gudelia Rangel Gómez y Armando Rosas Solís; y

“The Latino Imaginary: Meanings of Community and Identity”, de Juan Flores.

En esta sección del libro los editores proponen que en los noventa se produce la expansión e implosión de los estudios culturales. La búsqueda de nuevos paradigmas críticos habría llevado a la saturación y la hipertrofia deconstructiva, lo que a su vez habría generado el estado de ánimo actual de cansancio, desorientación y de falta de certezas. Después de esta explosión-implosión crítica y luego de la irreversible transformación sufrida por los estudios de la cultura en América Latina, habría un gradual retorno a los problemas tratados en los sesenta y setenta, ya consignados en la antología en la sección “Forerunners”.

La cuarta y última sección de libro, “Positions and Polemics”, carece de introducción e incluye trabajos como: “Writing in Reverse: On the Project of the Latin American Subaltern Studies Group”, de John Beverly; “The Boom of the Subaltern”, de Mabel Moraña; “Latin American Intellectuals in a Post-Hegemonic Era”, de George Yúdice; “Local/Global Latin Americanisms: ‘Theoretical Babbling’, apropos Roberto Fernández Retamar”, de Hugo Achugar; “Intersecting Latin America with Latin Americanism: Academic Knowledge, Theoretical Practice, and Cultural Criticism”, de Nelly Richard; “Irruption and Conservation: Some Conditions of Latin Americanist Critique”, de Alberto Moreiras; “The Cultural Studies Movement and Latin America: An Overview”, de Neil Larsen; “Hybridity in a Transnational Frame: Latin Americanist and Postcolonial Perspectives on Cultural Studies”, de John Kraniuskas; y finalmente “Mestizaje and Hybridity: The Risks of Metaphors”, de Antonio Cornejo Polar.

Anticipando las críticas por la inclusión de perspectivas que no son consideradas parte de los estudios culturales por sus representantes, Trigo argumenta que ellos no consideran que el término “estudios culturales” sea una “marca registrada” universal, rechaza la precedencia histórica o la preeminencia epistemológica de toda definición específica de “estudios culturales” y no considera políticamente prudente excluir de dicha categoría a las distintas prácticas que bajo otros nombres muestran significativas coincidencias (3). Este último argumento resulta interesante porque esa incluyente prudencia política inevitablemente ha de generar polémicas con quienes consideren que la antología se apropia de la historia y que la deforma para construir una coherencia histórica — y por tanto política — que no existiría.

Hay también exclusiones polémicas, aunque las más de las veces ello se debe a los límites materiales impuestos por las ya extensas 818 páginas del volumen. De acuerdo con Trigo, el campo de los estudios culturales latinoamericanos se ha conformado en diálogo con otras teorías con las que han entrado en competencia. En primer lugar, el paso del interés estético en lo literario a la centralidad de lo cultural es definido por una nueva hermenéutica que requería de nuevas metodologías y que definía textos, discursos y prácticas de modo epistemológicamente diferente (10). Esta diferencia no radica en el desplazamiento de la crítica literaria estética por la crítica cultural, sino más bien en la idea de Ángel Rama de que la cultura es un campo de lucha y que, por tanto, el crítico debe asumirse como productor de cultura desde una posición política definida (10).

En segundo lugar, en los años setenta los estudios culturales se diferenciaban cada vez más de la crítica marxista y de la crítica estética, pero también del estructuralismo y la semiótica. Habría sido interesante incluir en la antología, si no las polémicas entre estos diferentes grupos, por lo menos una reseña de sus argumentos que pudiera ilustrar mejor no solamente la historia de la crítica, sino los alcances del cambio epistemológico llevado a cabo por los estudios culturales, especialmente si se tiene en cuenta que hay todavía en Latinoamérica no pocos cultores muy activos de las mismas tendencias críticas que disputaron el dominio del campo cultural en los setenta y ochenta, como por ejemplo los miembros de la Federación Latinoamericana de Semiótica, que edita la revista *DeSignis*. Por otro lado, los editores proponen que los estudios culturales latinoamericanos tienen problemas, temas y metodologías propios que los equiparan con sus contrapartes británicas y norteamericanas. En este sentido, la antología es una reivindicación de la especificidad de los estudios culturales latinoamericanos, de su tradición y de sus conflictivos diálogos con las escuelas de pensamiento occidentales como el estructuralismo, la semiótica, la lingüística, la filosofía, la escuela de Frankfurt, etc. Si la antología que comento fuera parte de una colección, estaría muy bien complementada con la presentación de estas polémicas junto con las confluencias de intereses de las distintas escuelas; sin embargo, este deseo excede los límites del presente volumen.

En tercer lugar, aunque Ríos, Trigo y Del Sarto reseñan la crítica de la cultura anterior a los

estudios culturales, no antologan ninguno de los textos anteriores a los años sesenta, un vacío que impide apreciar la continuidad de la tradición. Pese a incluirlos en el grupo de precursores (33) antologado en la sección “Forerunners,” los editores no incluyen a Rodó, Alfonso Reyes, Mariano Picón Salas y Pedro Henríquez Ureña; al anarquista Manuel González Prada, al marxista José Carlos Mariátegui, a José Martí, José Vasconcelos, Leopoldo Zea, Augusto Salazar Bondy, Silvio Romero, Rosario Castellanos, Gilberto Freire, Fernando Ortiz, etc (21-4, 33).

Según Trigo, una de las características principales de la crítica latinoamericana es la recurrencia al género del ensayo multidisciplinario, transdisciplinario o interdisciplinario, lo que él llama “undisciplined thought” (8), es decir, una reflexión que transgrede los límites de la especialización académica, anterior a los estudios culturales, producida por escritores que tradicionalmente participan simultáneamente de la crítica cultural, la academia, la política, el periodismo, etc. Para explicar la rica longevidad de este indisciplinado género, Trigo recurre al desarrollo histórico del colonialismo: el ensayo transdisciplinario sería una estrategia metodológica y una táctica epistemológica dependiente del desarrollo desigual de las relaciones modernas de producción cultural (9). Esta explicación deja varias preguntas flotando: en primer lugar, si el “ensayo multi- inter- o transdisciplinario” es característico de América Latina hasta el presente, ¿qué tienen en común las producciones del saber en los siglos XIX, XX y XXI? ¿qué ha garantizado la continuidad de este “indisciplinado” pensamiento crítico latinoamericano? Demasiadas preguntas quedan pendientes por la exclusión del ensayo de Mignolo “Cultural Studies Questionnaire” (9) pero más todavía por la exclusión de “Colonial and Postcolonial Discourses: Cultural Critique or Academic Colonialism?” en el que Mignolo sostiene que la diferencia de desarrollo económico determina los roles en la producción de conocimiento: las prácticas académicas y científicas de los países más desarrollados producen conocimiento sobre la cultura producida en los países con menor desarrollo económico.

Esta asimetría económica no solamente determina la distribución de los roles de productor de conocimientos o productor de cultura, sino también el mapa de la actividad intelectual. La mayor comunicación institucionalizada entre los académicos de los Estados Unidos, por ejemplo, en comparación con la debilidad de las comunicaciones entre los académicos de

América Latina, favorece que los debates, los disensos y las concordancias entre los más destacados profesores circulen más rápidamente en el norte y que, por tanto, sea más fácil saber quién hace qué; en cambio, en el sur puede ocurrir que universidades de la misma localidad estén embarcadas en proyectos antagónicos sin siquiera enterarse, por lo que es más difícil hacer un mapa completo de la actividad intelectual.

Este libro es un mapa que debe acercar los estudios culturales a quienes, en Latinoamérica, están interesados en tener una visión actual de la academia globalizada, pero también para quienes, en Norteamérica, desean explorar sistemáticamente los estudios latinoamericanos. Incluso las exclusiones de autores anteriores a los años sesenta no son tales, pues los editores tuvieron el cuidado de mencionar a quiénes excluían, de modo que el lector siempre puede saber dónde proseguir sus indagaciones.

Los textos antologados no son complacientes con los estudios culturales; especialmente en la última parte del libro “Positions and Polemics”, donde, por ejemplo, Richard pide una “crítica de la crítica” que mantenga la capacidad comunicadora del lenguaje de los estudios culturales, pero que al mismo tiempo mantenga su capacidad subversiva e impida que ese mismo lenguaje congele la realidad siempre cambiante y lo subordine al “poder de siempre” (703-4).